

(13)

SERMON

QUE, EN ACCION DE GRACIAS AL TODOPODEROSO

POR HABER DESAPARECIDO EL COLERA,

I
PREDICO EN TRUBIA.

DON NICETO JARABA,

CATEDRÁTICO DE LENGUA GRIEGA DE LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO,

LICENCIADO EN LITERATURA, Y DIRECTOR

DEL HOSPITAL PROVINCIAL



OVIEDO

IMP. Y LIT. DE EL CENTINELA DE ASTURIAS,

CALLE DEL ROSAL, NÚM. 91.

—
1855.

STERNON

QUE EN ACCION DE GRACIAS AL TODOPODEROSO

POR HABER DESAPARRADO EL GOBIA

RECIBO EN TUBIA

DON NICETO JARABA

LABORATORIO DE LENGUA QUEBADA DE LA UNIVERSIDAD DE OTIHO

DIRECTORIO EN LITERATURA Y DIRECTOR

DEL HOSPITAL PROVINCIAL



OTIHO

IMP. Y DISTRIB. EN LA TIENDA DE ANTONIO

CALLE DEL HOSPITAL, N.º 11

SERMON

PREDICADO EN TRUBIA EL 4 DE NOVIEMBRE DE 1855

POR

DON NICETO JARABA. (1)

(1) Se predicó en el magnífico taller de fundición de cañones, adornado competentemente para esta religiosa ceremonia con un hermoso altar y un púlpito improvisados.

SERMON

PREDICADO EN TRUBIA EL 4 DE NOVIEMBRE DE 1882

POR

DON NICETO JARABA. (1)

(1) Se predicó en el magnífico taller de fundición de canchales, adornado convenientemente para esta religiosa ceremonia con un hermoso altar y un pulcero ropaje.

Laudate Dominum, quoniam bonus est psalmus,
Deo nostro sit jucunda decoraque laudatio.

Alabad al Señor, porque es bueno el cantico de la
alabanza; ojalá que ésta sea agradable á nuestro Dios.

SALMO 146 DE DAVID: VERSO 1.

PIEDAD mi Dios! misericordia Señor! indulgencia Padre univer-
sal! clamaba poco tiempo hace el sacerdote, al ofrecer sobre el altar
la víctima santa del augusto sacrificio, que eslabona el cielo con
la tierra: el tierno esposo, dirigiendo una cariñosa mirada sobre su
amada compañera: el afectuoso padre, considerando los encantos de
sus pequeñuelos, que hacen las delicias de su transitoria vida: el
inocente niño, viendo á su querido padre melancólico y abatido, en
medio de la tristeza general que reinaba entre todos sus convecinos:
el sincero amigo, observando los sufrimientos y dolores de su leal
amigo: piedad, indulgencia, y misericordia eran las palabras que pro-
nunciaban los labios, ó exhalaba el corazon por la mañana y por
la tarde, en público y en secreto, á la luz del dia, y en la obs-
curidad de la noche.

Y se comprende perfectamente que toda la abundancia y riqueza
de nuestro language hubiera quedado reducida en los aciagos dias
porque ha pasado éste pueblo á estas tres elocuentes, y signifi-
cativas palabras: piedad, indulgencia, misericordia.

Saturada el alma, si puedo espresarme así, de la terrible idea

de la muerte, que cual otra espada de Damocles pendia sobre nuestras cabezas colgada de un débil cabello, y dominada completamente por el sentimiento y temor de verse amenazada siempre de abandonar su íntimo compañero, era natural que todo lo que la ocupara llevara impreso el sello de su idea dominante. De aquí, señores, que nuestras ocupaciones se resintieran de la falta de energía con que se caracterizan en otras épocas: que nuestros deberes sociales se desempeñaran lánguidamente; ah!! el terrible viagero, hijo tal vez del elevadísimo y destemplado Hymalaya, se presentaba á nuestra vista siempre siempre vestido con sus terroríficos atavíos, y con su sudario mortuorio, y nuestra alma, por buen temple de que estuviera dotada, al mirarle frente á frente no podia sorportar su amenazadora presencia.

En semejante conflicto, á quién recurrir para que nos prestase las fuerzas de que carecíamos, para llenar nuestras cristianas obligaciones? á qué puerto encaminarnos en la deshecha tormenta que corrimos en este proceloso mar? qué auxilio invocar para que nos sacase del angustioso estado en que nos tenia tan formidable enemigo? Uno, y solo uno. El de la religion. El único que podia reanimar nuestras abatidas fuerzas: el único que podia devolver al alma su natural energía: el único que podia darnos valor para sufrir la enfermedad terrible si nos acometia, y para socorrer á aquellos de nuestros hermanos que fueran invadidos. Yo te saludo religion veneranda! en nombre de todos los que nos hallamos en este recinto, inspirados por tus santos sentimientos. Yo te adoro recurso indefectible, luminoso faro, auxilio eficaz en todas nuestras angustias y tribulaciones. Yo ruego al Padre celestial que nos la conserve y aumente, para que le miremos siempre como la egida santa que puede parar todas las flechas, que tiendan á herir la parte corporal y espiritual que componen nuestro admirable sér; porque no hay duda, señores, el alma verdaderamente religiosa encuentra siempre mayor abundancia de consuelos en sus necesidades.

Dios de bondad y misericordia! inspírame en este momento ideas sencillamente elevadas y persuasivas; sentimientos ingenuamente afectuosos, para probar mi proposicion. Prometiste á tus discípulos darles boca y sabiduría, á que no pudieran resistir todos sus adversarios (1), y lo cumpliste. Para el mismo objeto afortunadamente no la necesito, porque todos estos son tus hijos, y profesan y ve-

(1) San Lucas, cap. 21. v. 15.

neran la religion que procede de tu santa doctrina. Mas conviene fortificarlos en ella; y yo soy demasiado pequeño sin tu auxilio, para poder desempeñar dignamente tan sublime mision. Pero tu madre Santísima, que tanto se interesa por tu gloria, será mi intercesora en esta ocasion para alcanzarme la gracia necesaria á mi objeto, y entre tanto la saludaremos reverentemente con el ángel Gabriel. Ave María etc.

Qué metamórfosis tan admirable Dios mio! Ayer resonaban por todas partes los lúgubres acentos de este pueblo desolado y afligido por la terrible enfermedad. Hoy llenan esta atmósfera los conceptos sublimes de ese cántico admirable de S. Ambrosio y S. Agustín; de ese vivificador *Te-Deum*, cuyos versos hacen saltar de alegría el corazón; cuya análisis de cada uno de ellos, si el tiempo me permitiera hacerla, os manifestaria hasta que punto rayaba el espíritu religioso de estos dos PP. de la iglesia de Jesucristo, y hasta que grado se elevaba el reconocimiento y la gratitud á los beneficios recibidos por ellos. Baste decir, sin embargo, que la iglesia le ha elegido para solemnizar todos los acontecimientos prósperos que la divina Providencia envia á los cristianos, para que su apología sea completa, é infinitamente superior á la que pudiera resultar de mis pobres palabras.

Pero al orador sagrado que tiene el imperioso deber de instruir á sus oyentes, lícito le será desde la cátedra de la verdad y del Espíritu Santo analizar los acontecimientos, especialmente cristianos; indagar, si le es posible, sus causas; manifestar sus efectos; y presentar á la consideracion de los que tienen la deferencia de escucharle ese admirable conjunto de hechos providenciales, que tienen por principal objeto dirigir á los hijos de la religion cristiana por el camino seguro que conduce al término de su viaje, á la vida eterna.

Respetando los arcanos inescrutables de esa divina Providencia que dispone todas las cosas á su fin, acaso en el gran cuadro de los acontecimientos eternos, es decir previstos por Dios desde la eternidad, esa gran calamidad porque hemos pasado sea un insignificante beneficio, que se escape á nuestra débil penetracion. Escuchadme, que religiosamente considerada no es una paradoja esta proposicion. Las víctimas que el cólera ha hecho, y que tan justamente lloramos por las ideas puramente temporales, quizá hoy se encuentran gozando de la suprema felicidad, por la religiosa y cristiana disposicion con que han fallecido, á causa del natural temor

de que estabamos oprimidos. Mañana tal vez, sin ese sanginario espectro del Ganges, su muerte no hubiera sido tan cristiana, y consiguientemente tan feliz. Los que por la divina bondad hemos escapado de sus terribles golpes, ademas del bien temporal, hemos recibido la advertencia mas sensible de la inestabilidad de las cosas humanas, y de nuestra mísera existencia; para que gravada indeleblemente en la memoria, vivamos siempre segun las máximas evangélicas, y cual conviene á los que saben que esta vida es solo un paso para la eternidad.

Ved pues como en los inescrutables juicios de Dios, puede estar escrito como un bien para nosotros, lo que nos parece una insigne calamidad. Pero suponiéndola tal, debiamos prosternarnos, como ha sucedido, en su presencia; debiamos derramar ante él la angustia de nuestro atribulado corazon; debiamos elevar hasta su trono la humilde plegaria que desde el rey hasta el subdito mas infeliz habrá hecho durante la terrible epidemia: debiamos repetir incesantemente las primeras palabras de mi discurso. Piedad mi Dios! misericordia Señor! indulgencia Padre Universal!

Debiamos, señores, repetir esta lacónica y espresiva oracion. Primero, porque sabemos que, quizá tambien por efecto de sus eternos é insondables decretos, la ciencia aun no ha descubierto un antídoto contra tan terrible enfermedad: que todas las investigaciones y trabajos laudables de los sacerdotes de esa ciencia son insuficientes para llevar al alma desolada el alivio y tranquilidad que en otras dolencias. Segundo: porque en la natural confusion que introduce en un pueblo la invasion, y la ineficacia de los auxilios temporales, el alma siempre anhelante, y siempre ávida de consuelos cuando se halla angustiada es natural que se refugie en el seno de, Dios que es su centro: que recurra á él como al supremo protector de todos los hombres: que la religion en armonia con la misma naturaleza venga no solo á llenar el vacío que deja en el alma la casi negacion de los humanos socorros, sino á elevarla á considerar la grandeza de su origen, de su ser espiritual é imperecedero, prestándola asi resignacion para sufrir pacientemente la enfermedad, y heroismo para auxiliar con abnegacion evangélica á sus semejantes. Oh! cuan grato es al filósofo cristiano pararse á considerar ese conjunto de tendencias y aspiraciones del alma religiosa, que demuestran indudablemente la ley eterna y universal de mutuas relaciones entre el Criador y la criatura.

Pero ¿será alguno capaz de negar que solo la religion es la cau-

sa de estos inmensos beneficios, que no pueden producir todos los objetos sensibles que nos rodean? podrá dudar nadie que en la pasada desolacion ella era la que derramaba el bálsamo de consuelo asi en el que sufría y espiraba en el lecho del dolor, como en el que le alentaba con los auxilios ya temporales, ya tambien espirituales? Con la mano puesta sobre vuestro corazon respondedme. ¿No veiais todo el horizonte material que os rodeaba cargado completamente de obscuridad, de incertidumbre y de temor? y cuando mirabais con los ojos penetrantes de la religion, no divisabais en lontananza una ráfaga de luz, de esperanza y de consuelo? no era esta ráfaga de luz la bondad del sér supremo que venia á calmar vuestra angustia, á reanimar vuestras debilitadas fuerzas con la fé y la esperanza de que algun dia se acordaria de levantar la pesada mano con que nos oprimia?

Ni por un momento me es dable dudar de vuestra afirmativa respuesta. Como vosotros he pasado yo tambien por ese angustioso estado. Como vosotros he presenciado los acerbos dolores que sufrían aquellos á quienes como á Job tocaba el dedo de Dios (1). Como vosotros he observado muchas veces desgraciadamente la inutilidad de los humanos remedios. Como vosotros he notado tristes y macilentos los rostros de nuestros hermanos. Como vosotros he advertido las impresiones alhagüeñas de la esperanza convertida poco despues en ilusion. Como vosotros he visto contraídos los semblantes y con las marcas del terror y espanto que causaba en ellos la terrible enfermedad. Como vosotros me he persuadido que habia que clamar exclusivamente al Dios de Israel (2), para que viniera en nuestro auxilio. Y como vosotros me he convencido de que la religion, ese manantial perenne de beneficios, es el canal por donde se derrama sobre el alma verdaderamente religiosa el inagotable tesoro de sus gracias, con que hacemos frente resignadamente á las angustias, á las tribulaciones, á las miserias y enfermedades: herencia fatal á que quedó sujeta la humana naturaleza despues de la triste caida del primer hombre: y legado funesto y terrible, pero justo de la desobediencia y soberbia del que tan pronto se olvidó de su Dios.

Mas no debemos equivocarnos. Ese Padre piadoso y compasivo que tiende sus brazos para estrechar contra su seno á sus hijos sin afectacion religiosos, que echa una tierna mirada sobre los ingé-

(1) Job, cap. 19. v. 21.

(2) Deuteronomio.

nuos secuaces de las máximas evangélicas, quiere que las súplicas de estos se ajusten estrictamente á sus santas prescripciones. *Pedid y se os dará* dice á todos por boca de S. Mateo (1) *Pedid y recibiréis* repite por la de S. Juan (2): y su palabra inmutable y eterna (3) no puede dejar de tener entero cumplimiento. ¿En qué consiste pues que á pesar de estas solemnes promesas, muchas veces no se escuchan nuestras súplicas, ó sus efectos, como ha sucedido ahora, no tienen inmediata aplicacion? El apostol Santiago se encarga de responder por mi en el verso tercero del capítulo cuarto de su epístola. Ved aqui sus palabras.—*Pedis y no recibis, pero es porque pedis malamente.*

Si amados míos. En la oracion lo primero es buscar á Dios: dirigirse á él en todas las necesidades: descansar en él en todo lo concerniente á las disposiciones de su providencia. Nos ha dado el cuerpo el alma y la vida, y no dejará de darnos todo lo necesario para conservarlas. Pero debemos orar con las disposiciones necesarias para obtener lo que se pide. Debemos pedir con un completo desapego á las criaturas; porque es mofarse de Dios pedirle gracias con un corazon henchido del amor mundano. Debemos imitar la conducta del Santo Rey David en la persecucion violenta y cruel que le hacian Saul y Absalon. Debemos como él poner nuestra esperanza únicamente en el criador, recordando la dependencia absoluta de su poder, y el continuo cuidado que tiene de sus criaturas, por la íntima relacion del supremo creador del sér y el mismo sér, y decirle como el coronado Profeta, *In te Domine speravi, non confundar in eternum.* «En ti he esperado Señor, nunca seré confundido» (4). Y no dudeis de que entonces el que existe por sí, se acordaria de los que existen por él; les acogeria bajo su proteccion soberana: tenderia sobre ellos el manto de su misericordia: y les daria valor y confianza para esclamar con el mismo salmista: *Señor, protector de mi vida, quién me hará temblar?* (5)

Con estas humildes peticiones apoyadas en el conocimiento de la nulidad de nuestro poder, y de la benevolencia y bondad de nuestro Dios el cielo se abre: el tribunal augusto de la Santísima Trinidad acoge las demandas del reconocimiento y subordinacion de

(1) S. Mateo, cap. 7. v. 7.

(2) S. Juan, cap. 16. v. 24.

(3) S. Mateo, cap. 24 v. 35.

(4) David, Salmo 30. v. 2.

(5) David, Salmo 26 v. 4.

las criaturas, y de su instantáneo acogimiento y deliberacion sale el decreto de misericordia, que embriaga de santa alegría las almas verdaderamente religiosas: el horizonte cubierto antes de espesas y mortíferas nubes empieza á despejarse: el hermoso astro del dia, débil remedo del astro vivificador de nuestras almas purifica con su calor la envenenada atmósfera, y la salud se hace.

Ved aquí en mi concepto la causa de esos trasportes de gozo que hoy reina en este pueblo despues de la pasada tormenta: ved tambien los efectos de esas humildes súplicas que tanto agradan al Señor, y que en general se escapan á la débil penetracion de los mortales, á su inesacto cálculo que no puede fijar con esactitud el admirable conjunto de hechos providenciales de que se vale el Omnipotente, para conducir á sus criaturas al supremo fin á que las destinara, cuando las crió.

Y vos Dios mio! que os hallais en ese trono de magestad y de gloria, que es el anhelo constante, y el afan perpetuo del alma cristiana y verdaderamente religiosa. Vos á cuyos santos oidos llegan tantas veces nuestras súplicas insensatas: dignaos inspirarme en este momento para que la que mis oyentes os dirigen por mis labios sea aceptable, por ir acompañada de santa intencion, y del propósito de procurar en adelante orar con las debidas disposiciones. La conducta que observaste con Abrahan cuando resolviste destruir á Sodoma, me inspira confianza para suplicarte, aunque por mi iniquidad disto tanto, y no puedo en manera alguna compararme con aquel santo Patriarca. Si en esta nacion hay diez justos (1), Oh suprema bondad! no la destruyas. Haz, Señor si nos conviene que la terrible enfermedad desaparezca para siempre no solo de nuestra patria, sino de la faz de la tierra. Que no veamos aparecer ya los angustiosos dias en que el corazon apenas respiraba abrumado con las terribles sensaciones. Que reconocidos los hombres á tus inmensos beneficios no den lugar con sus acciones á irritar tu justa cólera, si es que el estado porque hemos pasado ha sido efecto de tu santa indignacion. Que los preceptos evangélicos se observen por ellos religiosamente para merecer tu amor. Y que tu divina gracia les colme de santos consuelos para dejar tranquilamente esta vida, y hacerse acreedores á tu augusta gloria. AMEN.

(1) Genesis, cap. 18. v. 32.

las criaturas, y de su instantáneo acogimiento y deliberación sale el decreto de misericordia, que embriaga de santa alegría las almas verdaderamente religiosas: el horizonte cubierto antes de espesas y mortíferas nubes empieza á despejarse: el hermoso astro del día débil temido del astro vivificador de nuestras almas purifica con su calor la envenenada atmósfera, y la salud se hace.

Ved aquí en mi concepto la causa de esos trastornos de gozo que hoy reina en este pueblo después de la pasada tormenta: ved también los efectos de esas humildes súplicas que tanto agraban al Señor, y que en general se escapan á la débil penetración de los mortales, á su inexacto cálculo que no puede fijar con exactitud el admirable conjunto de hechos providenciales de que se vale el Omnipotente, para conducir á sus criaturas al supremo fin á que las destinara, cuando las creó.

Y vos Dios miol que os hallais en ese trono de magestad y de gloria, que es el anhelo constante, y el alan perpetuo del alma cristiana y verdaderamente religiosa. Vos á cuyos santos eidos llegan tantas veces nuestras súplicas insignificantes: dignos respiraros en este momento para que la que mis oyentes os dirigen por mis labios sea aceptable, por ir acompañada de santa intención, y del propósito de procurar en adelante estar con las debidas disposiciones. La conducta que observaste con Abraham cuando resolviste destruir á Sodoma, me inspira confianza para suplicarte, aunque por mi impudencia disto tanto, y no puedo en manera alguna compararme con aquel santo Patriarca. Si en esta nación hay diez justos (1). Oh supremo bondad! no la destruyas. Haz, Señor si nos conviene que la terrible enfermedad desaparezca para siempre no solo de nuestra patria, sino de la faz de la tierra. Que no volvamos á aparecer ya los angustiosos días en que el corazón apenas respiraba abrumado con las terribles sensaciones. Que recordados los hombres á las inmensas beneficencias no den lugar con sus acciones á irritar tu justa cólera, si es que el estado porque hemos pasado ha sido efecto de tu santa indignación. Que los preceptos evangélicos se observen por ellos religiosamente para no caer en el error. Y que tu divina gracia les colme de santos consuelos para dejar tranquilo y tranquilo esta vida, y hacerse acreedores á tu augusta gloria. Amén.